

UNA simple ojeada a la Historia de la Humanidad, la Grecia clásica, la cultura judaica, la egipcia, e incluso la romana hasta Constantino, nos revela los grandes poderes que los padres han tenido siempre sobre los hijos. El Derecho Romano permitía al padre vender, esclavizar e incluso comerse al hijo, legalmente. En general, la dimensión socio-cultural que fijó la prohibición del incesto provocó la lucha generacional, la mitificación de la figura paterna, etc. Una agresividad que el hijo recibe, y que a la vez descargará sobre su propio hijo, repitiendo el patrón cultural recibido...

A los hospitales acuden padres temblorosos, llevando a un hijo pequeño (siempre suele ser el mismo), que se cayó, que se quemó. Y es difícil hacerles reconocer que la lesión se la causaron directa o indirectamente ellos mismos. Este año se ha de hablar mucho del "síndrome del niño apaleado", porque el esquema de las lesiones se repite en cualquiera de los casos. Curiosamente, el nivel económico coincide con el número de filicidios (1), igual que con las guerras para las que Raskovsky tiene una interesante interpretación:

"La guerra es posiblemente el caso más típico de filicidio, a niveles masivos. Los mayores hacen que los hijos se maten unos a otros. Ellos declaran la guerra, pero las víctimas son siempre los jóvenes. Y para conseguirlo se emplea una técnica de idealización patriótica, que no es más que una técnica que consigue crear una ansiedad paranoica, a nivel colectivo".

Con Lévi-Strauss, Raskovsky, famoso pediatra-psicoanalista argentino (2), opina que la prohibición del incesto inicia el proceso cultural, y que para implantar esta nueva ley, no había otra forma que aterrorizar a la progenie con la muerte del mayor de los hijos, su mutilación genital o su sustitución ritual. Por ampliación, el temor primitivo al padre se iguala al temor de Dios. Así que, para combatir una tendencia tan natural como la del incesto,

(1) Ver TRIUNFO, número 836, "Niños: desgracia tras desgracia", de Gonzalo Goicoechea.

(2) Arnaldo Raskovsky tiene publicados varios títulos, ninguno de los cuales ha aparecido en España todavía: "El filicidio", "El psiquismo fetal", "Los acontecimientos de la sexta semana de vida", y otros.

RASCOVSKY Y EL FILICIDIO NUESTRO DE CADA DIA

CARMEN FERNANDEZ RUIZ

to, se crea una ley social, que repite la muerte de niños —sobre todo primogénitos— en culturas no tan primitivas.

En la realidad cotidiana, el hijo es el receptor de la agresividad del padre porque, entre otras cosas, le roba el afecto de la madre durante un período que culmina con el final de la sexta semana de la vida del niño. Y es en ese momento también cuando comienza uno de los momentos trascendentales en el desarrollo psicológico del niño. Ahí, a través de la madre, la relación que mantenía con ésta —de carácter bidimensional— se amplía al padre, como en cualquier relación de celos que necesita tres personas.

Sobre el filicidio habría que advertir que el sujeto es el agresor, no el niño; la madre o el padre son los elementos patológicos de la tendencia filicida.

—¿El padre agresor está reflejando su "niño interno", el que él recuerda como propio en su hijo?

RASKOVSKY.—El padre está repitiendo la misma situación que sufrió, ya que todos sufrimos una constante repetición de nosotros mismos desde que cumplimos los seis años más o menos. Así que descarga sus instintos de muerte —impulsos tanáticos— sobre su propio hijo. Amplios estudios han demostrado que los padres "apaleadores" lo habían sido a su vez en su niñez. El hijo, además, intuye de alguna forma el complejo de castración que habrá de superar a los seis años. Por ello, una situación de este tipo puede hacer detener o dificultar el proceso de crecimiento oral-anal-genital.

—¿Qué tipo de agresividad tiene el niño al nacer?

R.—Exclusivamente aquella que le permite alimentarse; es decir, destruye para asimilar. Antes de nacer era uno con su madre. Ahora necesita relacionarse con otra persona para satisfacer sus necesidades. Pero

esto tarda en asimilarlo. Sigue creyendo que es uno con la madre hasta que se integra el padre al grupo; el niño es un autista en determinada parte de su desarrollo. Pero la única forma agresiva que tiene al nacer es la que reclama ser atendido.

—¿De qué forma podría detenerse el círculo vicioso del filicidio en sus distintos grados?

R.—En cuanto el hijo reciba una atención conveniente de su madre, y la relación mutua sea satisfactoria y afectuosa. Debe empezarse con un nacimiento no violento, lo más natural posible y continuar durante los nueve meses en que el niño toma el pecho. El niño necesita a la madre para recibir y también para dar y descargar sus tensiones emocionales.

—¿Qué papel tiene la planificación familiar en esto?

R.—Nadie, ningún nuevo ser debe interrumpir la relación materno-filial antes de los tres años. Poco a poco el hijo se va haciendo independiente, pero no lo es totalmente antes de los tres años. Así que, en mi opinión, el período de la separación-individualización, psicoanalíticamente hablando, no termina hasta los tres años, que sería el momento ideal para llevar el chico a la guardería. Mandarles antes sería una exposición patológica, porque no están en condiciones de sufrir una separación profunda de la madre. Desgraciadamente, las cargas culturales impiden que la madre deje de trabajar en ese período. ¿Sabe que en Suecia se concede un año de vacaciones pagadas a los dos padres? Han llegado a la conclusión de que es más barato esto que toda la delincuencia juvenil, trastornos mentales, etcétera, que se llegan a padecer por culpa de una infancia insatisfecha, afectivamente hablando.

—¿En qué basa la reivindicación femenina?

R.—El feminismo es, ante todo, que una mujer luche por sus es-

tructuras, y la estructura maternal es la base esencial de la femineidad. Una mujer sin un hijo es una mujer fracasada. Una vez que haya tenido uno y le haya criado, podrá entregarse a la sociedad mucho más que antes. En cuanto al hombre, el papel que tiene es el de cobertura que hace posible la relación madre-hijo. O sea, se trata de una nueva estructura familiar: por eso quien decide tener un hijo debe hacerlo en consecuencia.

Como psicoanalista, Raskovsky es bastante ortodoxo. Sólo que él quiere recalcar algo que Freud no dijo, y es que la tragedia edípica comenzó con una deformación en el crecimiento del padre de Edipo. Así éste, sin un patrón de conducta, por la falta del padre, no sabrá asimilar la presencia del hijo y ordenará su muerte. Con ello se hace merecedor de la muerte a manos de su hijo. Y la madre, que consintió en el filicidio, sufrirá la tragedia de dar a Edipo hijos-hermanos sin saberlo. Sin embargo, los padres que se portan bien con Edipo, en este caso los adoptivos que recogen y cuidan al niño, reciben a su vez cariño y ternura. Es decir, instintivamente, el niño responde bien a quien le ayuda, y agradece a quien le maltrata.

"Pero la vida instintiva —recalca Raskovsky— muere por culpa de la cultura. Ella mata el instinto maternal. Y la educación infantil puede reprimir los instintos y acabar con ellos, o también puede encauzarlos sin destruirlos".

Este año van a salir a la luz los problemas del niño, sus tragedias y sus limitaciones. Con motivo del Año Internacional del Niño, la Asociación Filium —creada por Arnaldo Raskovsky— aportará su colaboración, en su camino para prevenir el filicidio. Queremos traer aquí la cita de Herodoto, que recoge Raskovsky en su libro "Filicidio": "En la paz, los hijos entierran a sus padres, mientras que, en la guerra, los padres son los que entierran a los hijos". ■

